

EPÍLOGO
LEYENDAS ASOMBROSAS

Rosa Berbel

Astonishing Legends es el título de un podcast al que llegué hace unos meses gracias a Juan Andrés. En episodios larguísimos, a veces de más de dos horas, Scott Philbrook y Forrest Burgess desgranán todo tipo de incógnitas extraordinarias, terroríficas leyendas populares y sucesos varios del mundo del misterio. Del enigma de Puma Punku a la historia de la condesa Erzsébet Báthory, pasando por el hombre-polilla, los diálogos van generando una cartografía infinita de lo paranormal alrededor del mundo, en una suerte de *Expediente X* radiofónico.

Juan Andrés es todo lo contrario a un escéptico, abraza cualquier forma de experiencia sobrenatural, entre ellas la poesía, quizás el ejemplo por antonomasia de lo paranormal. Yo, que quiero también creer, pese a algún ramalazo todavía racionalista, me asomo a su poesía con la misma fascinación con que me asomo a estas leyendas asombrosas, venerando toda la belleza y la crueldad que me rebasa, abandonándome a lo que no entiendo, con los pelos de punta, sintiendo su poder al otro lado.

En uno de sus poemas, escribe Juan Andrés: «Soy puro viaje astral». La primera persona es casi imprevista, poco frecuente en su poética, y por eso casi extravagante. Leyendo este libro, se impone ciertamente la sensación de estar atravesando planos distintos de realidad, temporalidades múltiples, dejando de lado incluso el propio cuerpo para verlo desde fuera. La pureza, el viaje y lo astral funcionan también como categorías estéticas separadas. *Neorromanticismo* es un libro de viajes, como todo libro (neo)

romántico, sin que los viajes lleven por ello a nunca a ninguna parte. Es, también, un libro lleno de estrellas, planetas, lunas y otros cuerpos celestes, desde la cita de Hölderlin que abre el libro (¿acaso no tiene el Romanticismo su particular programa científico, su protoastrofísica?). Y es, sobre todo, un libro que inventa a cada paso nuevas definiciones de pureza. En esas tres visiones, en esa naturaleza ingenua y extraterrestre del «puro viaje astral», se condensan algunas de las inquietudes de este *Neorromanticismo*. Un libro, por lo demás, inabarcable, asombrado y saltimbanqui, siempre paradójico, cómplice con todas las criaturas.

Aunque hablar de los afectos suscitados por la literatura es ya un lugar común, agradezco a la suerte o al destino la oportunidad de coincidir en espacio y tiempo con una sensibilidad tan radicalmente imaginativa como la de Juan Andrés, cuya voz poética (¿qué cosa sea esa?) parece estar siempre en fuga. Los poemas de este libro ahondan en intuiciones que han estado presentes en toda la trayectoria de su autor, pero aquí dirigidas hacia otra parte. Entre ellas, la representación de esos amores diminutos, juguetones. Amorcillos cuyos códigos lingüísticos son casi pastorales o feéricos («volamos tú y yo / en un carro / tirado por un solo / pajarico que canta»). O una naturaleza mágica, encantada sin ser oscura, que nos remite a un mundo preindustrial entre lo mítico y lo utópico («¡Mira! ¡Es / un río! ¡Ve con él!»). O una religiosidad heterodoxa que se destruye y se reconstruye a sí misma a cada paso, en el marco del poema («Esta noche la Virgen / Ha dejado pisadas en / La Luna / Virgen voladora / Tríptico Cortina / De Dios ábrete»). O el énfasis en hacer una suerte de poesía sobre el tiempo desde fuera del tiempo, o consciente de que el tiempo lleva siglos puesto en crisis, deteriorado («Vamos / ¡dame el tiempo / lléname el arca de manzanas!»).

Como un cuarto de maravillas, este libro recupera parte de ese espíritu de época excesivo y aún confiado en el poder mágico

de los objetos, esa ingenuidad que creía que en una habitación era posible contener el mundo entero. Dentro de él conviven varios libros, algunos posibles y otros imposibles, artefactos traídos del pasado y del futuro, de esa Alpujarra fantástica que es hogar de Juan Andrés y de la nostalgia por una Europa fantasma que no existirá nunca. Así, sus poemas funcionan como pequeñas puestas en abismo, gabinetes de curiosidades o tratados de estética en miniatura, que van transitando desde unos más popularistas y casi narrativos a otros cada vez más abstractos, un trabajo con el idioma poco a poco más intelectual. En esta progresión, que no es en absoluto lineal y se resiste con fiereza a ser interpretada, hay también algo fundamental en ese espíritu neorromántico, la tensión (aquí ya desmontada, superpuesta, vuelta impura) entre la pura fabulación y las ideas.

Una cuestión quizá menor, pero relevante de algún modo como punto de referencia en la lectura, es la que tiene que ver con la gran cantidad de poemas explícitamente dedicados en *Neorromanticismo*. Juan Andrés despliega un catálogo de simpatías que a menudo vuelve los poemas más ambiguos, en lugar de contribuir a clarificarlos. También, intuyo, alguna antipatía, o algún guiño ligeramente malévolo, pero incluso en esta veta irónica hay una pureza afectuosa, una literalidad tierna. Los poemas de amor no son nunca exactamente amorosos. En los cánticos religiosos se cuela siempre una fractura pagana, como en su innata melancolía lo hace la luz, por todas partes. Este decirse, el hecho de tener un pie en una orilla y el otro, irremediablemente, en la otra, quizá sea hoy la fortaleza de este gesto neorromántico: resistirnos a ser cínicos, mientras somos conscientes de la imposibilidad de tomarnos demasiado en serio.

Atrapados para siempre en el límite entre las cosas, como los monstruos, fantasmas y vampiros de *Astonishing Legends*, y conscientes de la torpeza de las dicotomías, la nuestra es una

época especialmente propicia para lo insólito. La poesía es también el territorio ideal para lo extraordinario, el punto exacto en el que chocan lo real y lo fantástico. Cada nuevo libro de Juan Andrés nos recuerda lo transformadora que es esta zona sísmica. Lo bellas, emocionantes y enigmáticas que son sus fricciones. O cómo seguir haciendo de nuestros corazones, también en este siglo, poderosos *objetos mágicos*.

Granada, enero de 2023